

# Borrados

**Omer Bartov**

**Borrados**  
**Vestigios de la Galitzia**  
**judía en la Ucrania**  
**actual**

**Omer Bartov**

Traducción de Fernanda Trías

**MALPASO** BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

EN MEMORIA DE ILONA KARMEL (1925-2000)  
AMIGA, MAESTRA, EJEMPLO



«Sé que apenas te detendrás en Cracovia y que quieres y debes concentrarte en la vida de los judíos de allí, pero a eso justamente me refiero: la vida de los judíos, en especial la vida de la generación nacida alrededor de la Primera Guerra Mundial o poco después, no sólo ocurría en Kazimierz (el barrio judío) y ni siquiera era ése el escenario principal sino que ocurría en toda la ciudad. Así pues, lo que Cracovia representaba se convirtió en parte de nosotros.»

*Fragmento de una carta que Ilona Karmel me envió el 2 de junio de 1997 poco después de mi primer viaje a Europa Oriental.*

Ilona nació en Cracovia y pasó la guerra entre el gueto de esa ciudad y varios campos de concentración o de trabajos forzados. Más tarde emigró a Estados Unidos y publicó dos maravillosas novelas basadas tanto en sus experiencias durante el Holocausto como en la recuperación de graves lesiones que sufrió hacia el final de la guerra: *Stephania* (1953) y *An Estate of Memory* (1969). Fue una mujer extraordinaria y una gran escritora. Quien desee comprender la expresión *crímenes de lesa humanidad* debería leer estas novelas caídas en el olvido.

# Introducción

Este pequeño libro tiene profundas raíces autobiográficas. También se trata del primer y modesto fruto de un largo trayecto que comenzó hace muchos años y que aún no ha terminado. Si bien no habla de mí como autor, no puedo negar que me involucré en él más que en mis escritos históricos anteriores. Ésta es la historia del descubrimiento de lo que hubo, de lo que aún permanece y de lo que ha sido arrasado. Se trata de mi propio descubrimiento porque cuando comencé este viaje sabía muy poco. Otros, que sabían mucho más, ya no podían hablar o no querían contar o, en la mayoría de los casos, contaban sólo sus propias historias. Viajé hacia lo que era, para mí, un espacio en blanco del mapa. La empresa se asemejaba a las aventuras que había leído de niño sobre los grandes exploradores de siglos pasados, pero también se trataba de un viaje hacia un agujero negro que había engullido a civilizaciones enteras, también a miembros concretos de mi familia a quienes nunca llegué a conocer. Si aquellos antiguos exploradores acabaron transformando los espacios blancos de sus mapas en regiones sometidas a la explotación colonial, ese agujero negro aniquiló un mundo como si éste nunca hubiera existido.

Buena parte de mi infancia y de mi juventud transcurrió en un pequeño barrio del norte de Tel Aviv. El Israel de los años cincuenta era pobre y provinciano y estaba aislado del resto del mundo. En una colina cercana se erguían los restos de un pueblo palestino cuyos habitantes habían huido durante la guerra de 1948. Estaba poblado por refugiados judíos de África del Norte que habían sido expulsados de sus hogares por los regímenes árabes. Mi propio barrio pronto se pobló de judíos expulsados de Polonia tras la guerra por el régimen antisemita de Gomulka: en su mayoría eran sobrevivientes del Holocausto y sus hijos. El polaco se escuchaba en todas partes

(en las tiendas de comestibles, en las peluquerías, en el banco y en la oficina de correos). En mi propia casa sólo se hablaba hebreo con los niños. Mi padre había nacido bajo el mandato británico sobre Palestina; mi madre dejó Polonia de niña en 1935. Pero el yidis siempre era una alternativa, ya sea porque ofrecía expresiones que al hebreo le faltaban o porque permitía a los adultos hablar de temas prohibidos delante de los niños. Y, como la familia de mi madre provenía de Galitzia, se hablaba también polaco, ucraniano y algo de ruso, todo mezclado en un sonido suave, extraño pero íntimamente familiar, que todavía resuena en mis oídos.

Mi generación, nacida en los años cincuenta, rechazaba lo que consideraba extranjero. Habíamos aprendido a vivir en la nueva sociedad israelí; nuestro idioma era un hebreo duro, directo, preciso. No teníamos tiempo para las interminables historias y juegos de palabras del yidis, que, cargados de retórica y faltos de acción, siempre contemplaban la realidad sirviéndose de analogías y siempre respondían a los hechos a través del recuerdo del pasado. En cuanto al polaco, era la lengua de las tías rollizas con demasiado lápiz labial y colorete y la de los poderosos gentiles que bebían vodka y tenían las manos manchadas de sangre judía. Para nosotros, encerrados en una tierra angosta, rodeada de alambre de púas y mar, la apertura al mundo era el inglés: la lengua de la música pop, el pelo largo y la liberación sexual. El inglés no guardaba ecos de guetos, pogromos o exilios. Aun así, los sonidos que se implantan en la mente de un niño rara vez desaparecen; en algún momento de la vida regresan pellizcando suavemente, dirigiendo de modo sutil al hombre de mediana edad que soy ahora para que mire hacia atrás y escuche la voz interna de su pasado, para que haga las preguntas que no ha hecho hasta ahora: ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿por qué?, ¿cómo?

Yo ignoraba casi todo sobre la ciudad natal de mi madre. De hecho, sabía muy poco sobre el mundo del que había venido, pero cada vez sabía más sobre la manera como había sido destruido. Pasé muchos años estudiando la historia alemana moderna, espe-

cialmente la historia del Tercer Reich. Por haber crecido en un hogar israelí, había adquirido grandes conocimientos sobre el Holocausto, pero, al mismo tiempo, lo rechazaba como un tema de investigación académica: era demasiado cercano y demasiado traumático para permitir la distancia necesaria, y también había sido demasiado manipulado a nivel político para rescatarlo de debajo de tantas capas de retórica y demagogia vacías. A finales de los años ochenta, al llegar a Estados Unidos, me sentí lo suficientemente liberado de esas restricciones para poder estudiar el genocidio de los judíos.

Pero dos aspectos de ese tema, que se estaba convirtiendo a gran velocidad en los llamados «estudios del Holocausto», continuaban preocupándome. Primero, sentía que estudiar la manera como los judíos habían sido asesinados decía muy poco sobre la manera como los judíos habían vivido; de hecho, los incorporaba a la historia con el único propósito de ilustrar su exterminio. Segundo, cada vez se hacía más evidente para mí que existía una enorme brecha entre los trabajos que reconstruían la planificación y ejecución de la «solución final al problema judío» del régimen nazi y sus agentes, y los trabajos que reconstruían la vida y la muerte de los judíos en sus ciudades, en los guetos y en los campos, como si el mismo empeño nazi en separar a los criminales de sus víctimas también hubiera infectado a los historiadores que escribían sobre ese periodo.

En 1996 participé en dos congresos sobre el Holocausto en Alemania. Distinguidos eruditos dictaban brillantes conferencias; la bibliografía era exhaustiva; los muchos estudiantes que asistían eran serios y estudiosos; las presentaciones en clase estaban bien documentadas y bien argumentadas, pero todo lo que los estudiantes leían y escribían tenía que ver con los criminales alemanes: ni una sola intervención trató de las víctimas (ni un testimonio ni unas memorias ni una reconstrucción histórica de la vida o la muerte de los judíos desde una perspectiva judía). Aunque entonces no lo ad-

vertí, ahora me doy cuenta de que tampoco había nada sobre el mundo en el que tuvo lugar la mayor parte de los asesinatos: el contexto político y social de Europa Oriental. Los alemanes estudiaban cómo los alemanes habían exterminado a los judíos incluso con más empeño con el que los israelíes estudiaban cómo los judíos habían sido asesinados por los alemanes.

Cuando pregunté a los estudiantes y a sus profesores sobre esta percepción mía, encontré que ya tenían la respuesta preparada: los nazis habían deshumanizado a sus víctimas hasta tal punto que éstas habían dejado de existir para ellos como seres humanos, de manera que para poder explicar el genocidio no se necesitaba saber nada acerca de la realidad de las víctimas, ya que esa realidad no revestía ninguna importancia para los asesinos. Desde entonces, otros han dicho lo mismo con palabras más claras: los estudiantes alemanes quieren entender a los criminales alemanes. He ahí la cuestión esencial para ellos. Se trata de un tema de empatía y legado, de ira y frustración, tanto en el plano general como en el individual e íntimo. Ellos se preguntan: ¿cómo mi país pudo hacer eso? Y también: ¿qué hizo mi abuelo?

Para mí, aquella respuesta era insatisfactoria. El genocidio, en última instancia, incluso uno organizado por un estado burocrático sofisticado, consiste en personas que matan a otras personas. Siempre hay, me dije, un punto en que el asesino se encuentra con su víctima; del mismo modo en que las víctimas no pueden evitar reconocer la humanidad de sus asesinos por más inhumanos que sean los actos de los mismos, siempre hay, aunque sea una fracción de segundo, un contacto visual o, al menos, un fugaz reconocimiento del otro como ser humano. Asignar a las víctimas a la categoría de los «deshumanizados» o asignar a los criminales a la categoría de los «inhumanos» es una salida fácil. El horror y la tragedia del genocidio residen en el hecho de que ciertos seres humanos que bajo otras circunstancias podrían (como de hecho ocurría a veces) ser amigos o incluso amarse, se transforman en cazadores y en pre-

sas, pero ¿cómo podía reconstruirse esa parte de la historia? ¿Cómo podría restituirse, tanto a los criminales como a las víctimas, su humanidad, sin negar ni confundir las atrocidades? ¿Y cómo podría devolverse a los protagonistas del horror su existencia anterior de seres humanos normales con vidas convencionales, para luego hacerlos regresar al momento (que a menudo duró semanas, meses e incluso años) en el que cumplieron los roles que les fueron asignados en el genocidio?

Ese mismo año decidí entrevistar a mi madre. En mi mente no existía un vínculo particular entre las preguntas a las que me había enfrentado y la decisión de pedirle a mi madre que me contara su infancia en Galitzia. Ella había dejado Europa cuatro años antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial y, en ese sentido, no era una sobreviviente. Salvo sus padres y sus hermanos, que se habían ido a Palestina, y un tío que ese mismo año emigró a América del Sur, el resto de su familia (a quien yo aún no terminaba de asimilar como propia) había sido asesinada. Pero la visión de mi madre era la de la preguerra, la de los años anteriores al Holocausto, y no estaba manchada por ningún tipo de exposición personal a la masacre. Mientras ella habló sin pausa más de hora y media, caí en la cuenta de que hasta ese momento jamás le habían preguntado nada sobre una infancia cuyos paisajes, sonidos y olores se habían desvanecido en un olvido forzoso debido al compromiso con la nueva tierra, la incapacidad de regresar, la pérdida de todo lo que había sido el hogar y la familia y la falta de interés de sus hijos y sus amigos. También me di cuenta de que mi madre había tenido una infancia feliz en esas regiones que en mi mente consistían, sobre todo, en violencia, odio, miedo y muerte. Hicimos planes para visitar su ciudad natal, situada en lo que es ahora la Ucrania independiente.

Ese plan nunca se concretó: mi madre falleció dos años más tarde. Pero para entonces yo ya había encontrado una manera de abordar las narrativas bifurcadas de criminales y víctimas, de hacer converger en un mismo lugar a los protagonistas de los hechos, un

lugar al que se llega como cualquier hombre o mujer lo haría y en el que se asumen los roles dictados por la naturaleza de la atrocidad, incluso si al cumplir esos roles lo hacen de acuerdo con sus características individuales, su personalidad y su educación. Ni siquiera imaginé que la decisión de centrarme en un pequeño pueblo de Galitzia Oriental me llevaría a emprender un viaje por regiones con relaciones interétnicas e interreligiosas complejas que se extendían varias décadas en el pasado, ni que esto complicaría aún más mi idea previa de que existía una división estricta entre criminales, víctimas y testigos.

Mi idea inicial era que, si me centraba en los hechos ocurridos durante el Holocausto en una sola ciudad, podría reconstruir las relaciones entre los alemanes y los judíos de manera mucho más detallada y comprender hasta qué punto habían tenido algún tipo de relación personal antes de que los primeros asesinaran a los segundos. De hecho, encontré abundantes pruebas de que buena parte de los asesinatos ocurrieron allí mismo y no en campos de exterminio lejanos; pero antes de la matanza (que duró muchos meses), alemanes y judíos a menudo mantuvieron distintos tipos de vínculo o, mejor dicho, que muchos casos de relaciones más o menos íntimas y de familiaridad habían terminado en asesinatos individuales, cara a cara.<sup>1</sup>

Sin embargo, también descubrí que estas relaciones no ocurrían en un vacío social, político ni cultural, ya que Buchach (o Buczacz) —la ciudad que estudié más de cerca—, así como muchas otras parecidas a ella en Galitzia Oriental, estaba compuesta por una población variada donde se mezclaban judíos, polacos y ucranianos, constituyendo estos últimos la gran mayoría de la pobla-

1. Véase Omer Bartov: «Guilt and Accountability in the Postwar Courtroom: The Holocaust in Czortkow and Buczacz, East Galitzia, as Seen in West German Legal Discourse» en *Repairing the Past: Confronting the Legacies of Slavery, Genocide, and Caste*, Universidad de Yale, 27-29 de octubre de 2005, <http://www.yale.edu/glc/justice/bartov.pdf> (último acceso: 3 de diciembre de 2006).

ción rural.<sup>2</sup> Y, cada vez más convencido de que no era posible entender la manera como los hechos se desarrollaron en estas ciudades durante la ocupación alemana sin rastrear la vida, las culturas, la coexistencia y los conflictos de las distintas comunidades que habitaron la región durante siglos, decidí escribir la historia o, mejor, una especie de biografía colectiva de la ciudad de Buchach que siguiera el rastro de su existencia desde sus más tempranos comienzos en el siglo XIV hasta su desaparición como comunidad multiétnica durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra. Ese libro aún espera ser escrito. Sin embargo, en muchos sentidos, el presente libro es la historia de mi incursión inicial en la región y mi encuentro con un pasado en gran parte olvidado, un presente decidido a reescribir ese pasado y una especie de trabajo arqueológico a la inversa, en el que los últimos restos de las civilizaciones destruidas están siendo enterrados bajo las nuevas estructuras de lo nuevo.

Mis viajes a las regiones occidentales de Ucrania, áreas correspondientes a la antigua Galitzia Oriental, tenían dos objetivos principales. Uno era trabajar en los archivos locales para buscar documentos sobre la vida de las distintas comunidades de Buchach y las relaciones entre ellas a lo largo de los siglos. El segundo era conocer la ciudad y viajar por la región a fin de familiarizarme con el paisaje en el que mis protagonistas habían vivido y los entornos urbanos que ellos mismos habían construido. También estaba haciendo, por

2. A lo largo de este texto transcribo la actual escritura ucraniana de los topónimos después de ofrecer algunas de las denominaciones previas no ucranianas en polaco, ruso, yidis, alemán y, si es necesario, también en otros idiomas. Se trata de una opción no exenta de problemas, ya que la mayoría de los habitantes anteriores a la guerra de las ciudades sobre las que hablaré las conocía por sus nombres y grafías polacas o judías, pero, dado que estoy describiendo esta región desde la perspectiva del presente, he optado por las denominaciones contemporáneas que, de todos modos, es probable que no vuelvan a cambiar de ahora en adelante. [En castellano se aplica el mismo criterio. (*N. de la T.*)]

supuesto, el viaje planeado con mi madre, aunque para entonces ya hacía cinco años que mi madre había muerto. Viajé con dos asistentes de investigación ucranianos, Oleg Majewski y Sofia Grachova, los dos de Kiev, aunque originarios de Lugansk, en Ucrania Oriental, y parte del viaje también con nuestro chófer, Zhenia, de Ivano-Frankivsk, en Ucrania Occidental.

Una tarde, sentado con Oleg en un archivo de Lviv (Lvov, Lemberg, Leópolis), él ojeando los documentos polacos y ucranianos; yo, los escritos en hebreo y yidis, cuando, apenas hacía unos días le había dicho que mi familia provenía de Buchach, me preguntó: «¿Y por qué no buscas a tu propia familia?». Le respondí que por supuesto me encantaría encontrar esos documentos, pero que este proyecto no se trataba sobre mí y sobre mi familia. Quiso el destino que esa misma tarde un trozo de papel cayera de una de las carpetas que estaba leyendo y aterrizara en mi regazo. Era la confirmación (con fecha de marzo de 1935) de que el certificado de inmigración a Palestina que mi abuelo había solicitado había sido aprobado. La familia desembarcó en el puerto de Haifa el mes de diciembre de ese año. De haber esperado cuatro años más, yo no habría podido contar esta historia. Mi madre, mis tíos y mis abuelos yacerían en una fosa común de Buchach o habrían sido convertidos en ceniza en el campo de exterminio de Belzec. Imposible, por tanto, alejarme de esta historia.

Pero éste no fue sólo un viaje de autodescubrimiento. Al darme cuenta de que podía leer yidis, al pelearme con el polaco e ir aprendiendo con cierta dificultad el ucraniano, los sonidos de mi infancia fueron regresando. Mientras viajaba en el tiempo y en el espacio por Galitzia Oriental, los cuentos de mi abuelo sobre bosques y ríos, enanos y gigantes, resonaban en mi memoria. Pero lo que estaba aprendiendo era mucho más importante que eso. Tenía que aprender (a menudo después de visitarlas) la historia particular de ciudades y comunidades, sus momentos de gloria y de decadencia, sus logros y su degradación. Tenía que imaginar cómo (en los hermosos

pueblecitos, en los grandes bosques y las colinas onduladas) personas que habían vivido juntas durante generaciones se transformaron en asesinas y presas y cómo algunas pocas almas altruistas naufragaron en un océano de odio, codicia e incitación.

Por último, debía replantearme el concepto mismo de lo que habíamos aprendido a llamar Holocausto o genocidio porque en estas pequeñas ciudades, en este rincón del mundo, no se trató de un proyecto burocrático frío, distante y organizado con prolijidad sino de una enorme oleada de masacres incesantes, sangrientas, brutales e íntimas.<sup>3</sup> Muy lejos de tratarse de una violencia insensata, con frecuencia se trató de actos significativos de los que muchos se beneficiaron en lo político y lo económico. Hoy, mientras la Ucrania independiente lucha por reafirmar su aún discutida identidad nacional, este secreto conocido, familiar, pero enterrado en lo más profundo, emerge otra vez de las tumbas y las ruinas (no como un hecho que deba recordarse sino como uno que debe desecharse o reescribirse de modo tal que sirva a los objetivos de quienes heredaron esta tierra).

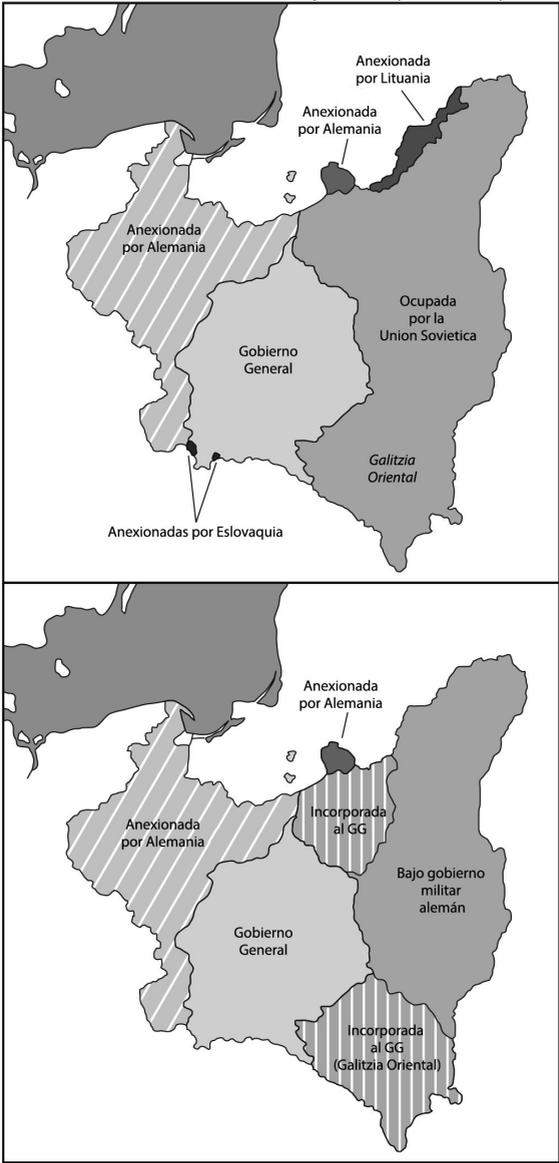
3. Véase Omer Bartov: «Les relations interethniques à Buczacz (Galicie Orientale) durant la Shoah selon les témoignages d'après guerre», *Cultures d'Europe centrale*, 5: *La Destruction des confins*, eds. Delphine Bechtel y Xavier Galmiche (París: CIRCE, 2005), 47-67.



Mapa 1: Partición de Polonia y Galitzia después de 1815.



Mapa 2: Los distritos de Galitzia Oriental y Bucovina en 1910.



Mapa 3: Polonia bajo los regímenes soviético y nazi (1939-1944).



Mapa 4: Óblasts (provincias) y raiones (comarcas) de las antiguas Galitzia Oriental y Bucovina en la Ucrania soviética (1972).



Mapa 5: La Polonia independiente en los periodos de entreguerras y posguerra.



Mapa 6: La Ucrania independiente.

I

## La zona fronteriza

En 1772, la Casa de Habsburgo se anexionó las regiones meridionales de Polonia y creó la provincia de Galitzia. Si bien la Galitzia occidental era predominantemente polaca, la oriental contaba con una mayoría de ucranianos. Tras la caída del Imperio Austrohúngaro en la Primera Guerra Mundial, Galitzia Occidental se convirtió en 1918 en parte de la recién independizada Polonia. En la Galitzia Oriental, los ucranianos establecieron una República Popular de Ucrania Occidental de corta vida. Tras más luchas entre polacos, ucranianos y soviéticos, Polonia se anexionó todo el territorio de Galitzia Oriental (compuesto por las provincias de Lviv, Stanislavov y Ternópil), así como las tierras de Volinia (Wolyń) bajo dominio ucraniano, y Polesia (Bielorrusia Occidental), al norte, bajo dominio bielorruso. Estas nuevas fronteras se reconocieron a nivel internacional en 1923 y Galitzia Oriental pasó a ser conocida por los polacos como la Pequeña Polonia Oriental (Małopolska Wschodnia) o Polonia Menor. En 1939, como parte del pacto Molotov-Ribbentrop entre la Unión Soviética y la Alemania nazi, Galitzia Oriental (junto con las tierras de Ucrania Occidental y de Bielorrusia Occidental, al norte) fue anexionada por la Unión Soviética y pasó a formar parte de la República Soviética de Ucrania.

Tras la invasión alemana a la Unión Soviética, en 1941, Galitzia Oriental fue incorporada al Gobierno General de Polonia, bajo dominio alemán, y denominada Distrito de Galitzia. En 1944, el Ejército Rojo reconquistó la región, que volvió a formar parte de la Ucrania soviética. Desde 1991, la antigua Galitzia Oriental integra la región occidental de la Ucrania independiente. Este territorio fronterizo se extiende desde el norte de la capital regional, Lviv, hasta casi el extremo sur en Chernivtsi (Chernovtsy, Czernowitz, Cernăuți), en la antigua provincia austríaca de Bucovina, y abarca desde los montes

Cárpatos en el oeste hasta el río Zbruch (Zbrucz) y las llanuras de Podolia al este, una tierra que ha acumulado motivos tanto para la fama como para la infamia.

A lo largo de la historia, Galitzia constituyó la zona fronteriza entre la vieja Mancomunidad de Polonia-Lituania (finalmente deshecha por las tres particiones de Polonia a finales del siglo XVIII) y los imperios y pueblos saqueadores del este y del sur: los tártaros, los cosacos, los turcos otomanos y, más tarde, los rusos y los soviéticos. Era una mezcla de coexistencia interétnica e interreligiosa, por un lado, y de hostilidad, conflictos y matanzas, por el otro. Galitzia también fue el lugar de nacimiento o el semillero de muchos movimientos espirituales y políticos. La literatura romántica polaca glorificaba el reinado sobre estas tierras de las grandes familias nobles de Polonia; entre los judíos florecieron el sabateanismo, el frankismo, el jasidismo, el iluminismo judío (la *haskalah*) y, por último, el sionismo. El nacionalismo literario y político ucraniano encontró allí una base firme y algunas de sus más distinguidas figuras políticas y culturales proceden de ciudades y pueblos de esta provincia.

Galitzia era una zona fronteriza también en otro sentido: situada al este de la Europa central, recibía la influencia de las culturas polaca, alemana y austríaca, pero también estaba abierta a las amplias planicies, los bosques y la estepa del occidente de Rusia y Asia, vastos territorios para los que Europa no era más que un rumor. El campo de Galitzia era pobre, cenagoso, poco desarrollado y primitivo. Justo al otro lado de la frontera, el autor S. Anski (1863-1920) lanzó su expedición etnográfica de la «zona de asentamiento». Anski buscó los últimos restos de la cultura medieval judía en los remotos *shtetlach* (pequeños pueblos con mayoría de población judía) de la Podolia rusa, fuera del alcance de la civilización moderna, y registró sus hallazgos justo antes de que este mundo, ya en vías de derrumbe, terminara de ser arrasado por las batallas y masacres de la Primera Guerra Mundial y los horrores que vinieron después. Fue en Galitzia y en esta zona de asentamiento donde Anski organizó

operaciones de ayuda durante la guerra para las comunidades judías que se encontraban bajo la brutal ocupación rusa. Su conocimiento de estas regiones le sirvió como telón de fondo para su obra maestra, *El dibuk*, una historia mística de amor sobre un alma poseída cuyo escenario era el mundo judío premoderno de Europa Oriental, un mundo similar al que el propio autor había abandonado hacía unas décadas.<sup>1</sup>

Galitzia también fue el lugar donde los campesinos eran concebidos como los portadores de la auténtica cultura y tradición rutena o ucraniana y donde el esplendor y el heroísmo de la *szlachta* (nobleza) polaca se reflejaba en los muchos castillos construidos para alejar a los enemigos extranjeros y a los siervos rebeldes. De hecho, si bien el nombre de Galitzia ya no aparece en los mapas modernos y los nombres de sus pueblos y ciudades, así como la identidad de sus gobernantes y habitantes, han cambiado hace mucho tiempo, Galitzia continúa siendo un lugar o un objeto de prejuicios, leyendas, mitos, nostalgia, arrepentimiento, pérdida y olvido. Durante mucho tiempo, ser llamado galitsyaner (o galitzianer) no era un

1. S. Anski, *The Enemy at His Pleasure: A Journey Through the Jewish Pale of Settlement during World War I*, ed. y trad. Joachim Neugroschel (Nueva York: Metropolitan Books, 2002), esp. xi–xiv. Originalmente publicada en yidis como An-Ski, *Der yidisher khurbn fun Poyln, Galitsye un Bukovine (fun tog-bikh TRED-TREZ–1914–1917)* (Wilno: Farlag An-Ski, 1921). Gracias a Delphine Bechtel por su ayuda con esta referencia y otros temas relacionados con Anski. Véanse la introducción de David G. Roskies sobre S. Anski, *The Dybbuk and Other Writings*, trad. de Golda Werman (Nueva York: Schocken Books, 1992), xi–xxxvi; Delphine Bechtel, «D'Images d'un voyage en province (1891) de Peretz à La Destruction de la Galicie (1917) d'Anski: Représentation des confins juifs entre expédition statistique et littérature», *Cultures d'Europe centrale*, 3: *Le voyage dans les confins*, eds. Delphine Bechtel y Xavier Galmiche (París: CIRCE, 2003), 57–76. Anski nació con el nombre de Shloyme-Zanvl ben Aron Hacoheh Rappoport en Vítebsk, un bastión del judaísmo ortodoxo con una presencia jasídica importante. Un cuarto de siglo más tarde, Marc Chagall (1887–1985) también nació en Vítebsk, localidad que le sirvió de modelo para sus representaciones de lo que ahora se ha convertido en la imagen típica de un *shtetl* (población judía).

gran halago para los habitantes judíos: denotaba cierto provincianismo simplón y también una mentalidad mercantil mezquina o una moral sospechosa. El galitsyaner era alguien que hablaba de irse o ya se había ido a un lugar mejor (Viena, Praga, Berlín, Estados Unidos (también conocido como el *goldene medine* [el país del oro], donde el dinero crecía en los árboles y un judío podía ganarse la vida). Cada vez más, un o una galitsyaner caía bajo el influjo del sionismo y soñaba con irse a Eretz Israel o terminaba yéndose a la Tierra Prometida sólo para descubrir que esa tierra tenía muy poco para ofrecer excepto más sueños y esperanzas. Pero Galitzia también fue la tierra de los grandes rabinos y los *yeshivot* (colegios religiosos), de historias milagrosas y de una dinámica vida comunitaria, bellamente descrita en los textos de su hijo, el escritor Yosef Shmuel Agnón (1888-1970), autor que recreó su ciudad natal de Buchach como un microcosmos de la vida en los shtetls de Europa Oriental, también retratada en las pinturas de Maurycy Gottlieb (1856-1879), originario de la cercana Drogóbich (Drohobycz).<sup>2</sup>

Los alemanes contemporáneos, por su parte, hablan sobre la antigua población étnica alemana de Galitzia en términos bucólicos, una nostalgia que ha quedado documentada en muchos libros recientes que reflejan el desencanto con la modernidad superpoblada de Occidente y que crece a medida que el tiempo transforma el recuerdo en fantasía. Sin embargo, también es cierto que últimamen-

2. Sobre el fuerte crecimiento de la política nacional judía moderna en Galitzia Oriental durante el periodo de entreguerras, representada por los bandos rivales del sionismo y del Bund antisionista (que buscaba crear una vida secular judía en Polonia basada en la cultura yidis), la pérdida de poder del Agudes Yisroel (Agudat Israel) como representante de los judíos ortodoxos y la crisis de la política judío-polaca en los años treinta, véanse Ezra Mendelsohn, *The Jews of East Central Europe between the World Wars*, (Bloomington: Indiana University Press, 1983), 19, 50-51, 54-55, 68-83; Yisrael Gutman et al., eds., *The Jews of Poland between Two World Wars*, (Hanover, N. H.: University Press of New England, 1989), 16-19, 24-25, 114-115, 123 (contribuciones de Ezra Mendelsohn, Gershon C. Bacon y Antony Polonsky).

te los eruditos alemanes han reconstruido la destrucción de la población judía de estas regiones.<sup>3</sup> En cuanto a los austríacos, una idea vagamente romántica de su gran imperio, desaparecido hace tanto tiempo, coexiste con recuerdos de segunda mano de lo que antaño fue su provincia menos desarrollada. Incluso un joven historiador austríaco ha demostrado que esta familiaridad con la tierra y sus gentes también facilitó la participación de la policía vienesa en las matanzas durante la Segunda Guerra Mundial.<sup>4</sup> Para los ucranianos, este borde occidental de su tierra recién independizada (que salvo durante breves periodos nunca fue parte de los territorios controlados por los rusos en el centro y este de Ucrania, a ambos lados del río Dniéper, antes de la ocupación soviética en 1939–1941 y después en 1944) es al mismo tiempo un ejemplo de sofisticación occidental y una región en cierto modo extranjera y sospechosa. Los granjeros rutenos aún labran la tierra como lo hacían sus antepasados, pero, como indican los diferentes nombres de sus ciudades y pueblos, la cultura urbana combina un nacionalismo ucraniano tajante con restos de un rico pasado polaco y judío, y si bien se advierten todas las características externas de una modernidad globalizada, muchos de los habitantes de la región todavía se refieren a sí mismos como galitzios.<sup>5</sup> En todos estos aspectos, Galitzia es una verdadera zona

3. Dieter Pohl, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien 1941–1944: Organisation und Durchführung eines staatlichen Massenverbrechens*, (Múnich: Oldenbourg, 1996); Thomas Sandkühler, «*Endlösung*» in *Galizien: der Judenmord in Ostpolen und die Rettungsinitiativen von Berthold Beitz, 1941–1944* (Bonn: Dietz, 1996).

4. Thomas Geldmacher, «Die Beteiligung österreichischer Schutzpolizisten an der Judenvernichtung in den galizischen Städten Drohobycz und Boryslaw, 1941 bis 1944» (tesis doctoral, Universidad de Viena, 2001); Geldmacher, «*Wir als Wiener waren ja bei der Bevölkerung beliebt*». *Österreichische Schutzpolizisten und die Judenvernichtung in Ostgalizien 1941–1944* (Viena: Mandelbaum Verlag, 2002).

5. «Forum: A City of Many Names: Lemberg/Lwow/L'viv/Lvov—Nationalizing in an Urban Context» (ensayos de Harald Binder, Anna Veronika Wendland y Yaroslav Hrytsak), *Austrian History Yearbook* 34 (2003): 57–109; John Czaplicka, ed., «Lviv: A City in the Crossroads of Culture», número especial, *Harvard Ukrainian Studies* 24 (2000).

fronteriza, el lugar de encuentro de numerosas culturas, religiones y grupos étnicos, que al mismo tiempo se encuentra en la periferia; un lugar donde la identidad se afirma de manera más intensa precisamente debido a su naturaleza fluida.<sup>6</sup>

Los habitantes actuales de la antigua Galitzia Oriental no guardan muchos recuerdos de su complejo, rico y tortuoso pasado. Esta tierra está empeñada en construir una única narrativa nacional de hechos, personas, instituciones, cultura y política, una enorme tarea de simplificación que no sólo distorsiona su pasado sino que también amenaza con empobrecer su futuro. En cierto sentido, esta región es un ejemplo de una tendencia mayor que puede identificarse en buena parte del resto de Europa, a pesar de las opiniones en contra y sin perjuicio de las diferencias de estilo y enfoque. La Galitzia de la preguerra ya no existe; pero su pasado, y la negación de ese pasado, es más visible que en muchas otras partes de Europa debido al descuido, la indiferencia y el olvido. Europa Occidental se ha modernizado con rapidez y, de ese modo, ha cubierto los vestigios de la destrucción con cemento y retórica.<sup>7</sup> Galitzia Oriental quedó en el límite, un territorio fronterizo entre Occidente y Oriente apenas desarrollado y apenas destino de inversión alguna durante el régimen soviético y un agitado nacionalismo que se resistió a los «liberadores» de esta tierra hasta bien entrados los años cincuenta.<sup>8</sup>

Desde comienzos de 1990, la distorsión soviética del pasado fue rápidamente reemplazada por una narrativa nacionalista antes re-

6. Para información más general sobre las ciudades postsoviéticas, véase Elena Trubina, «Post-Soviet City: The Public, the Monuments, the Intellectuals», en *Lost in Space*, ed. Augustin Ioan (Bucarest: New Europe College, 2003), <http://www.nec.ro/fundatia/nec/publications/lost.pdf> (último acceso: 3 de diciembre de 2006).

7. Para el ejemplo más reciente, véase Karen E. Till, *The New Berlin: Memory, Politics, Place*, (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2005).

8. John A. Armstrong, *Ukrainian Nationalism*, 2ª ed. (Littleton, Colorado: Ukrainian Academic Press, 1980), 290-321; Roger D. Petersen, *Resistance and Rebellion: Lessons from Eastern Europe* (Nueva York: Cambridge University Press, 2001), 209-230.

primida o combinada con ésta, pero, en muchas partes del territorio, estos cambios cosméticos han tenido poco efecto en las condiciones generales de ignorancia y abandono, deterioro y olvido. Aquí, el pasado de Galitzia aún está sin procesar, la indiferencia es aún flagrante, los prejuicios, la negación y las lealtades extremas están casi por completo despojados del manto de sofisticación reconfortante de Europa Occidental. Los fantasmas del pasado todavía deambulan con libertad por colinas y valles, ocupan las calles sin pavimentar y se reúnen en las sinagogas transformadas en vertederos y en cementerios donde pastan las cabras. Los habitantes caminan entre las ruinas y los fantasmas, recordando su presencia sólo cuando un extraño los interpela y olvidándola un segundo después. Se trata de una región suspendida en el tiempo, pero pronto también será arrasada por la marea de la modernización y la globalización, las conmemoraciones y las disculpas. Tarde o temprano, el pueblo de Galitzia en Ucrania Occidental también se volverá consciente de lo que ha perdido y olvidado, pero para entonces, en su apremio por dar alcance al presente, ya habrá destruido estas últimas huellas materiales del pasado y no tendrá más opción que recrear otro pasado, uno capaz de contemplar mejor el espíritu de tolerancia y nostalgia que se ajusta al *ethos* de la actualidad, forjado en el fuego de la diversidad y la memoria.